BEATA VICTORIA DÍEZ Y BUSTOS DE MOLINA - Homilía -

¿QUIÉN ES?

Nació en Sevilla, calle Trajano, el día 11 de Noviembre de 1903. Su familia era muy cristiana y supo educar su personalidad desde la fortaleza y la responsabilidad.

Al estar su madre algo delicada, ejercitó el arte de hacer felices a los demás y guardar para sí todas las dificultades. Y esto lo hacía sin darse importancia ni hacerse valer. Es decir sin ser víctima.

Supo tener un talante fuerte ante la adversidad, y mostrar una bondad, alegría, inteligencia y sensibilidad para desarrollar un carácter vitalista y sociable. Su gran inteligencia le hizo ser creativa en su profesión de maestra y desarrollar una gran sensibilidad artística.

LA TARDE DEL ENCUENTRO

Una tarde asiste a una charla sobre Santa Teresa y descubre la raíz del magisterio universal de dicha santa. La santidad y la sabiduría de poseer sólo a Dios. Llena de juventud y de inquietudes espirituales abriga en su corazón un gran sueño: marchar a misiones.

Pero topa providencialmente con la Institución Teresiana, y descubre el modo de encauzar sus más hondas y verdaderas aspiraciones de su corazón. Se trataba de poder desarrollar la necesidad sentida de dar testimonio en el mundo de la Cultura en su relación con la fe. Ese era su camino propio para aspirar a la santidad.

Cristo le cambió profundamente. No naturalmente en sus inquietudes y búsquedas pero si en su visión y apreciación del valor de la cultura y de la vida toda. Victoria juntó lo intelectual con lo ético y lo estético. Y con todos estos elementos interiorizados por la oración constante ante el sagrario hicieron de ella una interlocutora con todas las personas sin que fuese un obstáculo su forma de pensar.

Ella supo asimilar la Obra que el Padre Poveda había fundado al desvelar el eje de su espiritualidad más honda: Cristo crucificado y señor del mundo, ejemplar de humanidad.

MAESTRA Y CATEQUISTA

Un maestro, compañero de Victoria, viéndola ejercer su magisterio, afirmará que cumplía hasta el máximo con su deber de maestra. Y todo lo hacía brillantemente. Así en su modo de tratar a sus alumnas como en la forma de interesarlas en el campo del saber. Por su unidad interior ejercía con pedagogía innovadora hasta el punto de ser una eficaz Educadora dentro y fuera de la escuela.

Un hijo del pueblo de Hornachuelos, contemporáneo de Victoria expresaba así su admiración: "Quienes amábamos la Cultura no podíamos dejar de admirarla y quererla" El trato personal con cada niña le hacía descubrir las propias cualidades y las dificultades, tanto materiales como de otra índole, que sostenían sus alumnas.

Al llegar el año 1.933 se prohibía enseñar Religión en todas las escuelas públicas. Elle reaccionó escogiendo a jóvenes y les enseñó los temas de catequesis

que debían dar una preparación a los jóvenes. Así equipó a un grupo de catequistas. Mientras tanto ella permanecía junto al Sagrario, rezando para que el Señor se mostrara a través de sus catequistas. Con esta forma tan sencilla quería que sus alumnas pudiesen evangelizar transmitiendo la fe.

Su luz interior la irradiaba a todos aquellos que se relacionaban con ella. Constantemente manifestaba el rostro de Dios con su bondad y trato exquisito con sus alumnas. Sus hondas experiencias de Dios la hacían capaz de testimoniar su fe en la oración diaria y en la escuela, ya fuera explicando literatura o corrigiendo a sus alumnas.

Su pedagogía la hacía apta para interesarse por todos aquellos problemas globales que padecían sus alumnas: económicos y espirituales. Se decía de ella que atendía a los pobres con magna generosidad.

Su unión con Dios le hacía vivir en plena comunión con la Iglesia, de ahí su fecundidad apostólica y su sabiduría para educar también en la fe. Una de sus frases favoritas quedo grabada en el corazón de sus alumnas para siempre: "Tened una piedad sólida, tranquila, amable, serena, dulce, pacífica y oportuna, sin ridiculeces ni gazmoñerías".

SE HIZO OFRENDA DE AMOR

Cuando arreciaron las dificultades muchos paisanos huyeron del pueblo a la capital de Córdoba. Victoria estaba en plenas vacaciones y permaneció en el Pueblo. Muchos amigos le aconsejaron que se marchase a la capital, pero Ella siguió dando testimonio de fidelidad en su Iglesia Local.

Era una mujer inteligente y despierta, y sabía atisbar los peligros que se avecinaban. Esto le hacía rezar más y confiar en la providencia:"Señor, pídeme precio". No deseaba ser heroína y por ello mostraba su temor sin pudor alguno ante sus amigos.¡Cuántas sombras anidaban en su corazón y cuántas incertidumbres!. Pero todo ello le iban configurando una personalidad y fortaleza excepcional.

Un acontecimiento terrible conmocionó a todo el pueblo: El 19 de marzo de 1.934 prendieron fuego a la Parroquia del pueblo. A partir de entonces las hostilidades contra los cristianos del pueblo se hacen lacerantes y crueles. Se les insulta en la cara y se burlan de todos ellos cuando van camino de la iglesia. Aquel puñado de cristianos pueden respirar hondo cuando ven restablecida la iglesia para el mes de agosto.

El último verano de Victoria recibe un regalo muy especial. Es el año 1.935 y el Padre Poveda reúne en León a un gran número de la Institución Teresiana. De esta experiencia volvió radiante y preparada para su inmolación. Su corazón como cofre, había acogido las palabras del Padre Poveda :"Creer bien y enmudecer, no es posible". Lo dice el Espíritu Santo por boca de David :Creí por eso hablé. Los verdaderos creyentes hablan para confesar la verdad que profesan, cuando deben, como deben, ante quienes deben y para decir lo que deben.

Ella no callará ni gritará pero si irá estimulando y serenando los ánimos de todos los compañeros, que junto a Ella, van siendo conducidos hacia la mina del Rincón. Uno a uno de los hombres caen al pozo de la mina. A Ella la dejan para el final, para ver si logran disuadirla. En vista del tesón y coraje la matan cruelmente. Ahora si gritará con fuerza: ¡Viva Cristo Rey y mi Madre!. Muere abrazada a una pequeña figura de la Virgen Santísima. Así concluyó su vida: Habló sin provocaciones y sin cobardías; sin petulancias ni pusilanimidad; con

caridad, pero sin adulaciones; con respeto, pero sin timidez; sin ira, pero con dignidad; sin terquedad, pero con firmeza; con valor, pero sin ser temeraria. Por eso confirmó con su grito último el amor que sentía por su pueblo, por Dios y por la Virgen María. Ante estos tres amores todo lo demás carecía de valor alguno.

D. Manuel Pérez Moya 12 de Agosto 2010